

tilicias, en que como modestos colmenares, en que se elabora la miel hablea de la ciencia, vienen sus laboriosos miembros á depositar en los altares de la verdad y del bien, el fruto de sus tareas.

Más por nunca bien lamentada fatalidad, las incógnitas revueltas que agitaron hasta hace un cuarto de siglo nuestra vida pública, se opusieron al medro y prosperidad de las sociedades científicas, centros esencialmente pacíficos, semejantes al nido de la golondrina que se apoya en el alero del hogar tranquilo, y no al del ave de Jove, fabricado en la erchies-ta roca batida por la tempestad.

¿Cómo podía prosperar entre nosotros una Academia de Medicina, cuando la misma Escuela de Medicina vagaba prófuga y errante, sin domicilio fijo y sostenida sólo por el ardiente patriotismo y la ejemplar abnegación de sus fundadores?

¡Ah! la primera Academia de Medicina, la primera Sociedad Filoiátrica, se resintieron de aquel funesto estado de cosas, y se vieron obligadas á disolverse, después de haber vegetado más bien que vivido.

Hoy han cambiado las circunstancias, la paz sonríe en el cielo de nuestra patria, y cobijadas por sus bienhechoras alas prosperan, así los estrepitosos centros industriales, como el tranquilo recinto de las sociedades científicas.

La presencia en estos momentos entre nosotros, del digno Secretario de Justicia y del eminente ciudadano, que ciñe sus sienes con la triple corona de pensador, historiógrafo y poeta exausto, son una garantía de que el gobierno estimula y patrocina nuestros trabajos, que, por el carácter esencialmente experimental de la ciencia moderna, son altamente dispendiosos, y no pueden llevarse á cabo por los esfuerzos aislados, ni aún por simple suma de los esfuerzos individuales.

La Academia Nacional de Medicina, al clausurar un año académico y al inaugurar otro, se siente llena de fe y henchida de esperanzas; contempla delante de sí un vasto campo que cultivar, aquél en que crece la planta maravillosa que amortigua el dolor humano; sus horizontes son ilimitados: así lo indican las enormes conquistas del siglo que acaba

de transcurrir después de haber conquistado la anestesia, la auscultación y la percusión, la histología y la bacteriología; después de haber realizado tan notables adelantos en medicina operatoria, ¿no parece razonable prometerse para el siglo que con este año se inaugura, los descubrimientos más prodigiosos y los adelantos más estupendos?

Seguid pues, señores Académicos, la tarea que os habeis trazado, y seguidla con corazón esforzado y ánimo valiente; y vosotros, Señores Secretario y Sub-secretario de Instrucción Pública, continuad impartiendo la protección del Estado á esta corporación, que si bien es modesta por las personas que la forman, es de la mayor alteza por el objeto que se propone realizar. Ella cultiva la ciencia que es la verdad, mitiga los dolores, lo cual es la forma más visible de la caridad y realiza sus labores por la asociación, lo cual supone las grandes virtudes llamadas tolerancia y amor.

PORFIRIO PARRA.

## DISCURSO

del Señor Presidente de la Academia en la sesión solemne inaugural del año académico de 1901 á 1902

Señores Secretario y Subsecretario de Instrucción Pública:

SEÑORES:

Cábeme la satisfacción de declarar que habiendo concurrido el Sr. Dr. Mammel Gutiérrez á las dos terceras partes de las sesiones que celebró esta Academia en el año que acaba de terminar, le corresponde la Presidencia en el que hoy principia.

Al hacerle entrega de ella, me es grato manifestar mi profundo agradecimiento á los que me favorecieron con su voto para ocupar los distinguidos puestos en que he estado en estos dos últimos años. He tenido la honra de dirigir las labores de esta Asamblea en un período en que no han sido escasas, según acaba de hacérselo ver nuestro cumplido Secretario, y esto me complace tanto ó más que lo que á todos debe sin duda complacer, pues causa

agrado formar parte de un grupo de personas que dan pruebas de su afición al estudio.

Llama la atención que no se interrumpan los trabajos de una Sociedad científica entre nosotros, cuando á cada momento las vemos nacer y morir poco después, ó tener una existencia tan lánguida que á duras penas merece el nombre de vida. No es pertinente que insista en este momento en las malélicas causas que se oponen al progreso y aun á la simple estabilidad de las Asociaciones en México, y sólo me limito á llamar la atención sobre ese terrible mal y á desear que cada cual procure oponerle algún remedio. Y digo que es un mal, y grande, porque hace tiempo que se siente la necesidad de la existencia de agrupaciones en donde cada uno relie- ra lo que observa y piensa, tomando nota de las dudas que suscita y de las objeciones que se le hacen, para modificar su manera de pensar si dichas objeciones resultan fundadas ó ratificar sus ideas en el opuesto caso. Pero para que este proceder proporcione los brillantes resultados á que está destinado, se requiere inconcusamente intachable exactitud en lo que se refiere y gran sinceridad al objetar, y la Academia cuyos socios posean en más alto grado estas cualidades inestimables, cuanto necesarísimas á todo verdadero hombre de estudio, y especialmente á los médicos honrados, logrará seguros adelantos en el camino del progreso y merecerá el respeto y el amor de la humanidad.

Espero que la Academia Nacional de Medicina de México servirá en esto siempre de modelo á las demás Sociedades.

El siglo que acaba de pasar se distinguió por los incontables descubrimientos hechos merced á la paciente y sagaz observación y á su fecunda va-

riante: la experimentación; pero ese aterrador contraste que por todas partes persigue á la humanidad, y que al lado de la vida coloca la muerte, junto al placer el dolor, y se complace á veces en hermanar y unir con los estrechos lazos de la herencia neuropática á la idiotez y al genio, se ha manifestado aquí de modo que al desarrollarse esplendoroso el espíritu de observación ha surgido también el anhelo inmoderado de ser aplaudidos todos como observadores y descubridores, y este fogoso deseo ha ocasionado más de un atraso, alejando á los infatigables y honrados mineros, del codiciado filón que debía enriquecer á la ciencia. ¡Cuán útil sería que desde el comienzo del Siglo XX nos dedicásemos todos á hacer desaparecer el pernicioso mal que he recordado! Para ello sólo tendríamos que ser un poco cautos para no prodigar nuestros aplausos y nuestros desdenes, no haciéndolo hasta no estar seguros de sus fundamentos y absteniéndonos de juzgar cuando carezcamos de todos los datos necesarios para hacerlo con verdadera justicia. Por desgracia, esto que con facilidad se dice muy difícilmente se practica: de un extremo pasamos con rapidez al opuesto; si aplaudimos sin razón á uno reprobamos después injustificadamente á otro; para corregirnos de ser idólatras nos hacemos iconoclastas.

Señores Secretario y Sub-secretario de Instrucción Pública:

Antes de concluir, me es grato proclamar que todos mis consocios y especialmente yo, quedamos hondamente agradecidos por la protección oficial que se nos imparte y porque se han dignado vdes. presidir esta sesión.

México, octubre 1.º de 1901.

JOSÉ TERRÉS.